

des elogios á Pedro en general y en particular por su viaje y sus vastos proyectos de reforma.

Por consiguiente, eran muchos los que opinaban de muy distinta manera que Burnet respecto de las cualidades del Czar. Estos le tenían por algo más que un simple obrero, á quien solo la suerte hubiera dado la corona. El tiempo ha decidido la cuestión en favor de la opinión de los optimistas, representada por Lee y Leibnitz, y contraria á la de Burnet.

Se comprende por otra parte que las tendencias de Pedro causaran mal efecto en el rey Guillermo y en el obispo Burnet, porque aquel fijó exclusivamente su atención en lo referente á la armada y porque manifestó disposiciones técnicas solo para esta materia.

También parece que se ocupó en los trabajos de ebanistería, pues en la «Gaceta de Londres» del 6 de febrero de 1698 se encuentra una descripción minuciosa de algunos muebles construidos por Pedro (1).

Si el tiempo lo permitía hacia excursiones por el Támesis; pero pronto cambió de morada y se trasladó á Deptford en las inmediaciones de los arsenales, donde le era más fácil la entrada y salida mediante una puerta de escape que ponía en comunicación los talleres con su morada (2). Allí amplió los conocimientos adquiridos en Holanda y estudió además los principios teóricos de la construcción naval. Hizo varias excursiones á Woolwich, donde llamaron grandemente su atención los magníficos arsenales, en los cuales presencié algunas maniobras ejecutadas con los nuevos cañones y bombas, y escribía muy satisfecho al boyardo Streschneff, dándole cuenta de las excursiones que hacía para probar el yacht que el rey le había regalado.

Experimentó gran placer viendo las maniobras marítimas de Portsmouth, ejecutadas bajo la dirección del rey y á cuyo punto llegó Pedro el 20 de marzo. De este viaje hay una descripción detallada en el diario de uno de los compañeros de Pedro, y por ella se ve que el Czar ponía especial cuidado en lo relativo á fundiciones, diques y puentes. En Portsmouth visitó varios buques de guerra, quedando más satisfecho de las maniobras de los ingleses que de las ejecutadas por los holandeses (3). A su vuelta de Portsmouth visitó los castillos de Southampton, Windsor y Hampton-court.

Para contratar á varios técnicos que habían de ponerse al servicio de Rusia necesitaba Pedro un hombre de negocios y al efecto llamó á su embajador Golowin que estaba en Holanda. Este formalizó además la contrata de tabacos con lord Caermarthen, por virtud de la cual este último se comprometió á trasportar á Rusia 3,000 barriles de tabaco anuales mediante la suma de 2,000 libras esterlinas (4). Se cuenta que los ingleses dijeron á Pedro que el patriarca no

(1) Tomamos esta noticia de un periódico, sin responder de su exactitud. Dícese que se encontraron dichos muebles en la buhardilla de una casa de Great Tower-Street, y que un ruso noble los compró para regalarlos al czar Alejandro II.

(2) El dueño de dicha casa se llamaba Evelyn, quien en su Diario (Londres 1854) hace mención de algunas particularidades. Véanse los extractos en Ustrialoff, III, 98. También Macaulay habla de esto mismo. Después de desocupada la habitación donde habitó Pedro se la encontró en tan mal estado, que el gobierno tuvo que indemnizar á Evelyn.

(3) Esto dice el inglés Perry en sus obras, dando además algunos detalles de la estancia de Pedro en Inglaterra; por ejemplo, que adquirió muchos pormenores acerca de la construcción de buques, merced á las instrucciones de Anton Dean, y que visitó los talleres de ferreterías, relojerías, etc., etc.

(4) Véase acerca de esta contrata la Colección completa de leyes, III, 1628. Hay también un documento por el que se sabe que entró además en otros tratos industriales. «The case of the Contractors with the Czar of Moscow for the sole importation of tobacco in his dominion.» (En la Biblioteca imperial de San Petersburgo.) También se encuentra algo sobre este punto en Hoffmann, ob. cit., pág. 242.

permitiría el uso del tabaco, y que á esto contestó él: que no consentiría que los clérigos se mezclasen en asuntos que no fuesen de su incumbencia, y que el patriarca tendría que limitarse á los asuntos religiosos y no constituirse en inspector de aduanas.

Las relaciones entre el Czar y el patriarca debían ser entonces para los europeos, análogas á las que había en el Japon aun mucho después entre el Taikun y el Mikado. Pedro tuvo la suficiente energía y amor al progreso para poner fin á las contiendas entre el poder espiritual y el temporal. Pero no todos pensaban que habían de empezar tan pronto las reformas en Rusia, y aun muchos aseguraban que el Czar era excesivamente voluble. Hoffmann escribió á Viena diciendo «que á juzgar por lo que se hablaba, se proponía el Czar civilizar á sus súbditos, hasta el punto de colocarlos á la altura de las demás naciones; pero que atendiendo á los hechos, era de esperar que la civilización consistiría en convertir á todos sus súbditos en marinos, sobre todo si se tenía en cuenta el trato continuo que tenía con aquellos.»

Los cortesanos se cansaron pronto del trato del Czar «por sus extravagancias,» como decía el ministro residente de Austria. Sin embargo el conde de Auesperg, en carta que dirigió al emperador Leopoldo le manifestaba que estaban muy contentos en la corte con la persona del Czar «porque no tenía la timidez que en otros tiempos,» y añadía que Pedro había visto pocas veces al rey porque no había querido alterar su método de vida, es decir, la costumbre de madrugarse y de acostarse temprano.

Lo cierto es que Pedro salió muy satisfecho de Inglaterra y que tenía un concepto muy elevado de aquel país y de sus habitantes.

En 18/28 de abril hizo al rey su visita de despedida (5) y el 21 regresó á Holanda, retrasándose su llegada á aquel punto á causa de las tempestades, y allí se detuvo tres semanas antes de ir á Viena.

Sabemos por varias cartas que dirigió Lefort al Czar en aquella época, cuanto echaba de menos Lefort la compañía de Pedro, á quien decía que se moriría de aburrimiento si no iba á Inglaterra (6). Se sabe además por otras cartas de Lefort á sus parientes, que los enviados rusos pasaban el tiempo en banquetes y orgías.

Una parte del séquito de la embajada salió de Holanda con dirección á Viena, en cuya capital, igualmente que en Dresde, hizo Pedro anunciar su llegada por medio de agentes diplomáticos. Pasó después por Cléveris, en donde visitó el hermoso parque establecido por el gobernador brandeburgués del ducado, y allí escribió su nombre en un álamo blanco; siguió su marcha por Bielefeld, en cuya ciudad le llamaron mucho la atención las manufacturas de lencería, y continuó su viaje por Minden, Hildesheim, Halberstadt y Halle.

Se detuvo un día en Leipzig, guardando riguroso incógnito. Rose, miembro del Consejo general de Sajonia, que había estado en Holanda en compañía de Pedro, escribía diciendo, que el Czar tenía particular gusto en verse rodeado de personas de la modesta clase media (7).

Al llegar á Dresde dió órdenes para que se suspendiesen

(5) Parece ser una de tantas anécdotas de Coxe (*travels*, IV, 87) lo del precioso diamante que regaló Pedro al rey envuelto en papel de estraza, y lo mismo lo del rubí que Pedro mandó á la princesa en Königsberg (ella no se hallaba en aquella población); véase Bergmann, I, 256.

(6) Véanse las cartas burlescas en ruso y en alemán en el apéndice del 4.º tomo de las obras de Ustrialoff, págs. 553-611.

(7) No está él por las exterioridades, sino que en general.... sufre menos con el trato de los malos, pero francos, que con la presencia de hombres amanerados. Véanse las actas tomadas del archivo de Dresde, insertas por Weber en el archivo para la historia de Sajonia (1873), XI, 337 y siguientes.

todas las solemnidades de recepción: entró en la capital de Sajonia á las once de la noche del 1.º de junio tomando asiento en el cuarto carruaje de los que se hallaban preparados. Iba vestido en parte á la española. Por una escalera secreta fué conducido á sus habitaciones, y al notar que en aquella ocasión había sido visto por algunas personas se llenó de indignación y quiso marcharse, pero le persuadieron á que cenase y se calmó después de cenar. Pasó luego á la sala de artes, acompañado del gobernador, príncipe Egon de Fürstemberg, y allí permaneció hasta rayar el alba fijando su atención muy especialmente en los instrumentos matemáticos y en los aparatos y útiles artísticos.

Al día siguiente, después de comer, acompañado de algunos caballeros sajones invitados á su mesa, se dirigió al arsenal y allí llamó la atención de todos por sus atinadas observaciones acerca de la imperfección de algunos cañones (1).

Después de una breve visita que hizo á la electora de Sajonia (el elector se hallaba en Polonia), volvió á la sala de artes, donde permaneció algunas horas. Luego cenó en casa de Fürstemberg á los armoniosos acordes de una música, y allí conoció á la célebre condesa de Königsmark y á algunas señoras más. «Estaba de tan buen humor, que á presencia de las señoras tomó un tambor y tocó con tal perfección, que superó en el arte á los que le tocaban por oficio.»

El 3 de junio asistió Pedro á los ejercicios de instrucción de los cadetes; estuvo en la fábrica de fundición y nuevamente en la sala de artes. Después de cenar, cuyo acto volvió á amenizar con un concierto de tambor, marchó para Königstein. Allí visitó la fortaleza é hizo por sí mismo algunos disparos de obus.

Después de la salida de Pedro escribía Fürstemberg, diciendo: «que se alegraba mucho de que todo hubiese salido tan bien con un señor tan difícil, y de verse ya libre de tan costoso huésped» (2). El 11 de junio, sin detenerse en Praga, llegó á Stockerau, donde había de permanecer algunos días, dando lugar á que se hiciesen todos los preparativos para la entrada solemne de los embajadores rusos en Viena, en cuya capital había gran curiosidad por conocer á Pedro.

Desde los tiempos de Herberstein se habían cruzado frecuentes negociaciones diplomáticas entre la ciudad imperial y Moscovia. Leopoldo y Pedro eran entonces aliados en la guerra contra Turquía. No hacía mucho que Scheremetyeff había sido recibido en Viena con singular satisfacción. Los diplomáticos imperiales habían seguido con especial interés el viaje de Pedro y enviado á la corte sus respectivas relaciones. Por parte de Rusia se dió gran importancia á esta visita de Pedro. Todos se ocupaban circunstanciadamente en los detalles del ceremonial que había de observarse. El Nuncio apostólico y el enviado veneciano refieren estos sucesos con notable extensión. En Roma, en Venecia y en Viena se relacionaban ciertas esperanzas con la llegada de Pedro á la Europa occidental. La cuestión oriental era para todos de primera importancia. Pensaban trabajar por los intereses de la Iglesia católica.

En Holanda corría el rumor de que Pedro se inclinaba mucho al protestantismo y se pensaba que llegaría á unir la Iglesia griega con la reformada. Afirmábase también que Pedro había

conversado con el elector de Brandeburgo y que pensaba llevar á Rusia doctores protestantes que enseñasen las ciencias estableciendo colegios y academias. En Inglaterra influyó tal vez el clero anglicano con sus doctrinas en el ánimo del Czar. En Viena, por el contrario, se decía que Scheremetyeff se había ya hecho católico y que era probable que le siguiese el Czar. Por la mucha influencia que gozaban en Viena los eclesiásticos, era muy natural que se fijase particular atención en los rusos, siquiera fuese por razones religiosas.

La entrada de los embajadores tuvo lugar en la noche del 16 de junio. Observaron los rusos que los caballos imperiales, equipajes y libreas eran muy inferiores en esplendor y elegancia á los de Brandeburgo.

Las negociaciones relativas á la manutención de los enviados rusos dieron por resultado que el gobierno imperial les asignase 3,000 florines por semana (mil quinientos duros) (3).

La recepción solemne de los enviados no podía realizarse inmediatamente en razón á que no habían llegado todavía los regalos destinados al emperador.

En el interin se celebró una entrevista entre Leopoldo y Pedro en una de las galerías del castillo de la Favorita, entrevista que revistió un carácter enteramente particular, según lo acordado previamente; pero á pesar de esto corrió el rumor entre los diplomáticos de que los dos monarcas habían tratado la cuestión oriental (4). Se habló mucho del Czar, de su respeto al emperador, de sus movimientos convulsivos de cabeza y miembros, atribuidos á un veneno que decían se le había dado en su juventud (5). El embajador veneciano en la relación que mandó á su gobierno se extendió mucho acerca de la significación del viaje de Pedro, y decía entre otras cosas, que en la historia no se hallaba ejemplo de que un príncipe como Pedro abandonara su país para emprender un viaje tan largo sin motivos políticos, sin razones de Estado, obedeciendo únicamente á su carácter, á su capricho, á una curiosidad. Sin embargo, continúa el embajador, de que Pedro ha dado siempre y en todas partes pruebas de cierta rareza, revela en todo una disposición extraordinaria y observaba con atención las costumbres extranjeras y las instituciones políticas.

El Nuncio apostólico escribía diciendo, que Pedro poseía conocimientos de Historia y Geografía, y que estaba animado del deseo de aprender más, si bien se inclinaba principalmente al estudio de la mecánica.

A la entrevista de Pedro con Leopoldo siguió una representación teatral en el castillo de la Favorita á la cual asistió el Czar. Visitó también el arsenal, la biblioteca, la sala de artes, á la emperatriz y al rey de romanos José. Sus relaciones con la corte tenían un carácter amistoso.

En el terreno político no sucedía lo mismo. Pedro deseaba que continuase la guerra contra los turcos al paso que el emperador era de opinión que se hiciesen las paces. Antes que los embajadores pudieran formalizar sus pretensiones con el conde de Kinsky, designado por parte del emperador para entablar las negociaciones con los rusos, pidieron estos una respuesta categórica sobre si Austria estaba ó no dispuesta á continuar la guerra.

(3) Se temía que los rusos causaran muchos gastos. Véase el escrito del nuncio apostólico en Theiner, pág. 371. El emperador quería conceder á los rusos 1,000 florines diarios; pero Pedro, entusiasmado con tal generosidad, declinó tan excesiva suma. Véase Theiner, pág. 372, y los detalles de las negociaciones en los Monumentos de las relaciones diplomáticas, VIII, 1330 y sig.

(4) Véase el escrito del embajador español en Theiner, pág. 375.

(5) Theiner, pág. 372. Su excesivo trabajo en los astilleros fué de absoluta necesidad para evitar que el veneno produjese en su cuerpo los efectos naturales.

El mismo Pedro tuvo una entrevista con el conde y manifestó el deseo de adquirir un punto fortificado en la península de Crimea, es decir, á Kertsch: significó también su esperanza de que el emperador continuara la guerra si la Turquía se negaba á hacer aquella concesión.

Entre tanto se celebraron algunas diversiones: para el 29 de junio, que eran los días de Pedro, fueron invitadas unas mil personas, y el Czar solemnizó la fiesta con músicas, bailes y fuegos artificiales.

Es verdaderamente extraño que asistiesen los embajadores rusos, y aun quizá el mismo Pedro, á los oficios católicos de aquella mañana. El jesuita Wolf celebró al Czar en un discurso, y manifestó el deseo de que cual otro verdadero Pedro recibiera las llaves para abrir y conquistar el imperio de los turcos (1).

En la corte se celebró el 11 de julio otra fiesta particular llamada «Wirtschaft,» *la del meson*, á la cual asistió Pedro en traje de aldeano de Frisia (2) y en la que estuvieron representadas todas las nacionalidades. Pedro y Leopoldo brindaron por la mutua salud y despues de levantada la mesa Pedro tomó parte en el baile (3).

Tres días despues visitó á Pedro Leopoldo guardando el incógnito y el 17 de julio tuvo efecto la recepcion solemne de los embajadores, entre los cuales se hallaba también Pedro. Estos contestaron á la acostumbrada pregunta por la salud del Czar, que era buena cuando salieron de Moscou. También estuvo Pedro en la comida, pero detrás de la silla de Lefort, y cuando á este le fueron presentados seis distintas clases de vinos, despues de gustarlos, pidió le fuese permitido obsequiar con ellos á su *amigo* que se hallaba detrás de él.

Las fiestas terminaron con una breve visita del rey de romanos al Czar. Pedro marchó inmediatamente despues, acompañado de su pequeño séquito, pues la noticia de la sublevación de los Strelitzs exigía su presencia en Moscou. Ciertos círculos católicos entre los cuales se recibió con satisfacción la noticia de que el Czar había manifestado especial atención al emperador Leopoldo, como jefe de la cristiandad (4), de que había comido con los jesuitas y de que deseaba ser recibido en el seno de la verdadera religion, debieron de experimentar un gran desengaño al saber que el Czar no iba á Italia.

El mismo Pedro consideró á Venecia como el término principal de su viaje. Esta república había mostrado gran celo en la lucha con la Puerta y el estudio de su marina tenía para Pedro particular interés. Ni en Holanda ni en Inglaterra tuvo ocasion de enterarse de la construcción de una escuadra de galeras cuya aplicación era de la mayor importancia para la guerra contra Turquía. Durante su viaje no cesaba de hablarse de la visita que tenía intención de hacer á Venecia y habló con el señor Ruzini, embajador de aquella república, ponderando su extensión é importancia. Cuando hubo de manifestarle que tendría que renunciar á su proyectado viaje, le expresó asimismo la pena que le causaba tal resolución.

Algunas personas del séquito de Pedro se hallaban ya en Venecia y aun se habían hecho allí grandes preparativos

(1) Véanse varios detalles interesantes acerca de esta fiesta en los documentos del ceremonial que se conservan en el archivo de Viena y que utilizó Ustrialoff; también los Monumentos de las relaciones diplomáticas.

(2) Friesland ó Frisia, una de las mas ricas provincias de Holanda.

(3) Véase Ustrialoff, 111, 142. El Czar *halló sensa fine e misura*, escribía el embajador español. Theiner, pág. 377. Weber, 111, 234.

(4) Se decía que Pedro había besado la mano del emperador en su primera entrevista. Véase Theiner, pág. 373.

para la recepción del Czar (5). Todo estaba dispuesto en el arsenal y en condiciones de poder enseñar al Czar los trabajos mas variados, á cuyo fin se habían aumentado los obreros en los talleres. Tenían intención de fundir á presencia del Czar seis cañones que habían de llevar inscripciones alusivas á la real persona y á su viaje. Apenas se había resuelto la vuelta á Moscou, cuando se llevó á la práctica. El 16 de julio escribía el Nuncio participando que el mismo día saldría Pedro para Italia y el 19 salió para Moscou acompañado de Lefort y Golowin, quedándose Wosnizyn en Viena para continuar las negociaciones relativas á la guerra de Oriente.

La impaciencia de Pedro por sofocar la sublevación de los Strelitzs le movió á viajar día y noche. Ni siquiera se detuvo en Cracovia, donde se le tenía preparado un banquete, pero ya entre tanto recibió noticias mas tranquilizadoras y pudo aprovechar algunos ratos para visitar las célebres salinas de Wieliczka, desde cuyas inmediaciones pudo ver acampado al ejército polaco.

Del 31 de julio al 3 de agosto se celebró en la aldea de Rawa aquella memorable entrevista con el rey de Polonia, donde fué concertada la acción comun contra Suecia, realizándose de esta suerte un cambio en la política exterior de Pedro. Hasta entonces todos sus esfuerzos se habían dirigido á la lucha contra Turquía, y desde este momento su mira principal fué la cuestión del Báltico.

Los tres días se pasaron en secretas conferencias y en ruidosas distracciones, interrumpidas por las revistas militares y de instrucción de las tropas. Simpatizaron ambos príncipes, trocaron sus vestidos y armas y se juzgaron mutuamente de la manera mas benévola (6). El jesuita Vota, testigo ocular, cuenta varias cosas relativas á la cordialidad con que se trataron ambos soberanos. Vota, que había estado antes en Moscou, se presentó al Czar, el cual le recibió con suma amabilidad, conversó con él á propósito de la guerra contra los turcos y de la repartición de la Turquía, y le recordó la fábula de la piel del oso al cual era preciso derribar antes de repartirla. El jesuita decía además, sin muestras de satisfacción, que Pedro había asistido á los oficios católicos con gran devoción y recibido la bendición con humildad suma.

El nuncio del Papa en Polonia supo arreglarse de tal manera que se hizo el encontradizo con Pedro en Samoisk, á donde se había dirigido el Czar despues de la entrevista celebrada en Rawa con el rey Augusto. En dicho punto, que vino á ser en aquella ocasion el centro de la propaganda católica, la señora del castillo preparó al Czar una recepción brillantísima. El Nuncio que en sus comunicaciones al Papa se había expresado con alguna severidad al tratarse del hereje Lefort, procuró allí sacar todo el partido posible de las buenas disposiciones del Czar. Pedro estaba dispuesto á permitir el paso por Rusia á los misioneros que se dirigían á la China. Pero su tolerancia no pasaba de ciertos límites; así cuando siguiendo su viaje, se encontró en Brest Litowsk con Zolewsk, metropolitano de la Iglesia unida, y este le hizo algunas imprudentes observaciones censurando el cisma, Pedro se incomodó y le suplicó que se retirase de su presencia si quería que fuese dueño de sí mismo.

De Brest-Litowsk á Moscou duró todavía el viaje 15 días llegando los viajeros á la capital del imperio el 25 de agosto. Como si hubiese querido permanecer fiel á su misión de compañero de los enviados, Pedro acompañó primeramente á Lefort y despues á Golowin hasta sus respectivos domicilios y de allí se encaminó á su palacio de Preobrashensk.

(5) Véanse sus nombres en los Monumentos, pág. 1, 388; para Alejandro Minschoff «volontario» se había expedido un pasaporte. Véase Ustrialoff, 111-135.

(6) Korb, Diarium itineris, 5 de setiembre de 1698.

El viaje de Pedro fué considerado en Occidente como un suceso de gran trascendencia. Dice un escritor que ya había sucedido en otro tiempo una cosa semejante con un príncipe ruso, el cual había ido á Worms, corte del emperador Enrique IV (1); pero que habían pasado siglos sin que príncipe alguno ruso hiciese un viaje á la Europa occidental. En efecto, algunos habían viajado como vasallos del Khan de la Tartaria al Asia, hasta el río Amur, pero Pedro viajó por Occidente, ganando para Rusia un elevado puesto dentro del sistema de los Estados europeos. Raros y extraños debían parecer Pedro y sus compañeros de viaje, con aquel aire asiático, aquellos trajes cubiertos de perlas y joyas, y aquel séquito de enanos, kalmukos y tártaros que llevaban. El Czar se presentó al rey Guillermo en traje ruso y en la conversación con el emperador Leopoldo empleó el idioma ruso. En esto había sin embargo un progreso; pues mientras el europeo Lefort hablaba ruso en ocasiones tales como las oficiales y vestía á la rusa, Pedro solía llevar el traje de holandés y hablar corrientemente este idioma.

Muchos debieron creer que en Rusia se había operado un cambio radical. Se celebró con entusiasmo ditirámico aquel espíritu progresivo de Pedro y se ponderó la influencia que había de tener aquel viaje para el porvenir. En el colegio de Thorn se dió por tema de las conclusiones los motivos que habría podido tener Pedro para emprender aquel viaje (2). Allí se dijo entre otras cosas, que el elemento ruso había estado hasta entonces sumido en las tinieblas de la ignorancia, pero que Pedro protegía las ciencias y las artes y que introduciría en su país mucho de lo que había visto en Prusia, Holanda, Inglaterra y Alemania; que Rusia haría prosperar el arte de la guerra; que Pedro expulsaría á los turcos y á los tártaros de la Crimea, etc., etc.—El embajador veneciano, Ruzini, escribía diciendo que no era fácil predecir si la experiencia que había adquirido Pedro en su viaje y los maestros que llevaba para la instrucción de los súbditos serían bastantes á moderar la tosquedad de la nación y aumentar su actividad; pero que indudablemente cuando la fuerza intelectual de Moscovia correspondiera á su masa física, «sería una potencia de primer orden;» que el tiempo demostraría si los buenos propósitos daban los frutos que se prometían, y si la nueva escuadra daría por resultado la dominación en el mar Negro.

Que Pedro hubiese adquirido conocimientos especiales en las artes y oficios era ya por sí un hecho inaudito. Nunca se había conocido á un Czar que dominase por completo una especialidad dada, y todos los hombres imparciales tenían que reconocer que el deber y la inclinación se daban la mano en el caso presente; que el carpintero de ribera y el político se hallaban íntimamente unidos; que la afición al trabajo corporal recibía un sentido mas profundo y un valor inapreciable por su relación con la cuestión de Oriente. Que Pedro nunca pensó en limitarse á ser un vulgar artesano; que observó y utilizó las ventajas de los diferentes oficios solo como medios para realizar fines ulteriores mucho mas importantes; que el mismo hombre que en Zaandam igualó al obrero mas hábil en las fabricas de papel y que en Dresde superó por su arte á los mejores tambores, no dejó de ser ni por un momento Czar y hombre político, se infiere fácilmente de todos sus actos. Cada visita de Pedro á los astilleros ó arsenales tenía el valor de una inspección facultativa; nunca perdió de vista en los detalles el conjunto; comparó en su

(1) Isjaslaff, en la segunda mitad del siglo XI. Blomberg, an account of Livonia, se refiere á este hecho.

(2) El 13 de agosto de 1698. *Conjectura aliquot de susceptis Magni Moscovia Ducis Petri Alexievicz per varias Europa p. ovincias itineribus*, etc., 1698. En la biblioteca imperial de San Petersburgo.

totalidad los conocimientos náuticos de las dos grandes potencias de aquel tiempo, Holanda é Inglaterra; y supo apreciar en su justo valor los puntos en que cada una de ellas ofrecía ventajas sobre la otra. La instrucción por sí sola no le importaba gran cosa; las teorías abstractas no le entusiasmaron, ni la fundación de escuelas públicas, que despues le preocupó tan beneficiosamente, alcanzó á figurar en primer lugar durante este viaje en el pensamiento de Pedro. Las relaciones personales de Leibnitz con el Czar pertenecen á un período posterior. Pero que no se contentaba con saber, por ejemplo, cómo se hacían las bombas incendiarias ó cómo se acuñaba la moneda, lo demostró abarcando cuestiones completamente distintas en la conversación con hombres de reconocida y universal instrucción. Witsen escribía á un amigo suyo, admirándose de los conocimientos y buen criterio del Czar, y asegurando que habiendo tenido una conversación sobre religion con el Czar, este le había manifestado su afición á estas cuestiones, y que estaba enterado de los artículos de la fe y de la Sagrada Escritura.

El discípulo de Steiner de Sternfeld, el artillero condecorado con un diploma y que asistió en Woolwich como hombre entendido á los experimentos de los nuevos cañones, tenía también grande interés por las bibliotecas y colecciones numismáticas; el carpintero de ribera que sufrió una especie de exámen en la escuela de Guerrit Klaas Pool cobró también afición á los estudios zoológicos y adquirió conocimientos médicos; el pirotécnico que en el laboratorio preparó fuegos artificiales, se inició al mismo tiempo en las maravillas del microscopio y visitó los observatorios astronómicos; el herrero coronado que supo amatillar planchas de hierro aprendió también el arte del grabado.

Pero el resultado de su viaje, incomparablemente mayor que todos estos conocimientos especiales y técnicas habilidades, fué la impresión que Pedro llevó grabada en su pecho de la Europa occidental. Antes del año 1697 había solo conocido con los Gordon y Lefort del arabal alemán algo de la vida europea; pero en esta ocasion se le ofrecieron nuevos y variados horizontes, de un grado superior en cultura y civilización y opuestos á las costumbres é ideas del imperio de Moscou. Quien tan profundamente se había fijado en la vida europea no podía ya hacerse asiático. La correspondencia que sostuvo Pedro, su gobierno y administración, su participación personal en las grandes reformas legislativas llevaron las huellas de estas impresiones.

No había viajado él solo, ni solo él regresado. Pedro obligó á centenares de rusos á pasar por la misma escuela á la que tanto debía. Llevó á su país á centenares de extranjeros para que sirviesen de elemento de enseñanza y cuyos actos habían de ser de duración y permanencia. Aunque ya antes de este viaje se había observado que los grandes señores de Rusia habían aprendido mucho de los alemanes y transformado sus moradas, sus carruajes y hasta su manera de vivir, siguiendo los modelos extranjeros; tal influencia de la Europa occidental tenía que ir siempre en aumento en razón á los muchos rusos que viajaban por el extranjero y á consecuencia de la inmigración de tantos extranjeros en Rusia. Si hasta entonces se había prohibido con severidad ensalzar lo que se había visto fuera del país, en esta ocasion, á lo menos en los círculos directivos, dominaba un criterio enteramente distinto.

El pueblo, que era conservador, no quería saber nada de tal progreso, desaprobó el viaje de Pedro y llegó hasta pagar el rumor de que en vez del czar ruso, que había perecido en el extranjero, había llegado otro, un alemán, que pretendía ser nombrado Czar, pero se equivocaba en todo. El viaje de Pedro no fué una cosa improvisada; no fué un

salto histórico tampoco, sino una consecuencia necesaria de los años de aprendizaje; el resultado de todo el progreso de Rusia hasta los tiempos de Pedro; el mismo volvió transformado de la Europa occidental. Allí fué para aprender la construcción de los barcos y regresó para ponerse al frente de los asuntos del gobierno. Había comenzado una nueva época.

CAPITULO II

VIAJES DE ESTUDIO

No bastaba que Pedro viajase por el extranjero. Tal vez era de mayor importancia influir en el ánimo de sus súbditos para que hiciesen otro tanto. Aquellos que siguieron con interés el viaje de Pedro, le daban mucha importancia. Sin embargo, tenía que vencer profundas preocupaciones: por ejemplo, creían los rusos que todo contacto con los herejes pondría en grave peligro la salvación de sus almas. Kotoschichin decía en su excelente obra de Rusia, publicada á mediados del siglo xvii, al tratar de las malas cualidades de los rusos, que el lector no debía extrañarse de su ignorancia, pues no permitían que sus hijos viajaran fuera del país por temor de que aprendiesen las costumbres de los extranjeros y sus creencias heréticas, ó bien que no regresasen á Rusia (1).

El tiempo y la experiencia demostraron que tales temores no eran infundados. A principios del siglo xvii, el czar Boris Godunow envió cierto número de jóvenes al extranjero para que se instruyeran; cinco mandó á Lubeck, seis á Francia y cuatro á Inglaterra. De todos estos no volvió á Rusia mas que uno; los demás prefirieron renunciar á su patria. Durante una larga serie de años fueron estos emigrantes objeto de negociaciones diplomáticas entre Rusia é Inglaterra. Rusia pedía la extradición, alegando por fundamento de su demanda que el Czar los necesitaba para emplearlos en las embajadas. Inglaterra se negó á entregarlos, y se supo además que habían entrado en la Iglesia anglicana. De uno de ellos se decía que era un predicador, que bendecía á los comerciantes ingleses que le habían sacado de Rusia, y que renegaba de la fe de sus padres; de otro se contaba que era secretario del rey en Irlanda; de un tercero que se hallaba de comerciante en las Indias orientales. Censurando Rusia al gobierno inglés porque no le mandaba sus súbditos á su país, el embajador inglés contestó diciendo: que ellos eran los que no querían volver y que no se les podía obligar.

Teniendo en cuenta la preocupacion nacional y religiosa, muy general en Rusia, se cree que no sería muy grande el número de los que deseaban viajar por el extranjero que supieran apreciar las ventajas de la civilización de Occidente y quisieran ser en ella iniciados.

Refiérese á este propósito un ejemplo muy curioso de tiempos del gobierno del czar Miguel. El príncipe Chworostinin fué acusado de haber manifestado deseos de hacer un viaje á Polonia y á Roma, y de haber dicho que la gente en el Estado de Moscou era muy estúpida, no habiendo entre ella nadie con quien poder ponerse en relaciones: se le persiguió duramente y por este motivo tuvo que pedir perdón por esta inclinación al Occidente.

De igual manera corrió la especie de que un príncipe Golizyn, de mediados del siglo xvii, había dicho que de ningún modo se debía dejar servir juntos á rusos y polacos por temor de que se marchasen los mejores elementos y quedarán tan solo los que componían la gente vieja é inútil.

(1) El libro de Kotoschichin «Rusia en tiempos del czar Alejo,» fué publicado en el año 1840 en Suecia, donde se había refugiado su autor. Véase su capítulo IV, párrafo 24.

El distinguido político Ordyn-Naschtschokin hizo que su hijo fuese instruido por polacos, y el joven despues de haber aprendido varios idiomas, se marchó al extranjero para no volver jamás. El padre, á quien se quería hacer responsable de esta accion de su hijo, hizo dimision de su empleo; pero el Czar no la quiso admitir (2).

Oleario cuenta de un comerciante de Novogorod que deseaba enviar á su hijo al extranjero para que se instruyese, y el Czar y el patriarca no se lo permitieron. Que había jóvenes aficionados al estudio y dispuestos á viajar, aunque podían pasar por excepciones, lo prueba el ejemplo de un joven ruso que acompañó á la embajada de Holstein á Persia, hizo rápidos progresos en el latín y aprendió á manejar los aparatos destinados al estudio de las matemáticas hasta llamar la atención de Oleario y su compañero.

En tiempos anteriores á Pedro se consideraba como una traicion el deseo de viajar al extranjero, que estaba en abierta oposicion con la opinion general del pueblo. Calcúlese pues cuánto arriesgaria Demetrio en su popularidad al reprobár á los boyardos su falta de instruccion y al encarecerles la necesidad de viajar por el extranjero. En esto y en otras cosas tenía Demetrio muchos puntos de contacto con Pedro el Grande.

No solo los rusos juzgaban en general como perjudiciales los viajes, sino que el servio Yury Krishanitsch, que debió su instruccion al Occidente, dice en sus obras, que los frecuentes viajes de los jóvenes polacos al extranjero debían ser considerados como la causa principal de la decadencia de Polonia y proponía que se prohibiese en absoluto á los súbditos del Czar viajar por el extranjero (3).

Al fin llegó á prohibirse hacer viajes fuera del país. Los diplomáticos suecos que estaban en Rusia, en tiempos de Miguel, escribieron diciendo; que se había prohibido á los rusos salir del imperio por temor de que la instruccion adquirida en países extranjeros les hiciese mirar como insoporable su propia esclavitud.

Kotoschichin refiere que nadie podía viajar por el extranjero, y que cuando se concedía permiso á los comerciantes, que también era caso raro y solo para asuntos de comercio, sus parientes ó amigos tenían que poner fianza que respondiese de su regreso, perdiéndola si no volvían. Si alguno, prosigue el mismo Kotoschichin, mandaba sus parientes ó criados al extranjero sin permiso expreso del Czar, se consideraba este acto como una traicion y se castigaba con la confiscacion de todos sus bienes, y á sus parientes hasta llegaba á atormentárseles horriblemente.

En tiempos anteriores á Pedro el Grande, solo en dos casos podían los rusos ir al extranjero; es decir, en peregrinaciones y en viajes diplomáticos. Las primeras se dirigían á Tierra Santa, y en cuanto á los segundos no eran de larga duracion: con ellos aprendieron relativamente poco.

Viajeros exploradores ó que emprendiesen sus viajes por motivos de estudio, apenas hubo hasta el siglo xvii, si bien en el siglo xvi se habla de un joven que fué enviado á Alemania para dedicarse á las ciencias y de quien se cuenta que pasó allá muchos años y aprendió á hablar y escribir el alemán (4).

Bajo el reinado del czar Ivan IV y de su hijo Fedor fueron enviados algunos jóvenes á Constantinopla para que

(2) Ssolowiewf, XI, 93 y siguientes. El Czar estaba dispuesto á gastar de 5 á 10,000 rublos para prender al fugitivo. También pensaron hacerle dar muerte en el extranjero.

(3) Véanse los escritos publicados por Bessonoff, 1859. Sobre la Prohibicion, pág. 70 y 71, y Rusia en el siglo xvii, I, 333.

(4) Fué despues una de las víctimas de la tiranía de Ivan el Terrible. Véanse los escritos de Kurb'sky, publicados por Ustrialoff, 1842, página 107.

aprendiesen el griego. Fueron los estudios eclesiásticos los que motivaban estos viajes; pues muchos de los teólogos mas renombrados que hubo en Rusia hicieron sus estudios en el extranjero. Pero tales estudios eclesiásticos, que se hacían tratando de evitar el contacto con los herejes, es decir, con los protestantes y católicos, eran antes de Pedro el Grande casi el único motivo para permitir hacer viajes. Los estudios profanos no habían llegado aun á adquirir este favor.

Bajo este punto de vista Boris Godunoff fué el precursor de Pedro el Grande. Cómo apreciaba Boris la civilización de la Europa occidental, lo revelan el cuidado con que hizo instruir á su hijo en el extranjero, su intencion de fundar colegios en los que se enseñasen idiomas modernos y el envío que hizo á Lubeck, Francia é Inglaterra de aquellos jóvenes rusos de que hicimos mérito en otro lugar y de los cuales solo volvió uno. Se supone que tenía la intencion de instruirlos para dedicarlos á la carrera diplomática.

Durante el reinado del czar Alejo Micaelowitz se mandaron también algunos jóvenes rusos al extranjero para que estudiasen medicina; entre ellos Miguel Gramann que estudió esta ciencia en Alemania durante ocho años (1659-1667) y ejerció despues su profesion de médico en Moscou, y Hans Heems que fué también enviado al extranjero y no volvió á su patria. Tomás Kellermann, diplomático ruso, envió á su hijo Enrique á Alemania, Holanda, Francia, Inglaterra é Italia para estudiar medicina. Volvió en 1677 despues de una ausencia de varios años que pasó en Leipzig, Strasburgo, Paris, Mompeller y Padua: había aprendido seis idiomas (1).

En 1692 fué mandado á Italia un ruso llamado Pedro Posnikow, hijo de un empleado de la cancillería, con el fin de que estudiase medicina. Le acompañó el médico griego Palario que hacia poco había llegado á Rusia. Posnikow tomó el grado de doctor en Padua el año 1696 y en su título se hacia constar sus vastos conocimientos. Fué mas tarde empleado en la diplomacia merced á sus conocimientos de latín, francés é italiano (2).

Parece que se deseaba principalmente que los jóvenes rusos aprendieran idiomas. Así es que en 1694 los hermanos griegos Lichuda recibieron encargo de instruir en el italiano á un considerable número de jóvenes nobles y á 23 comerciantes. En el número de aquellos hallamos los nombres de las mas ilustres familias, tales como Chavansky, Ssolytkoff, Wolynskiy, Chilkoff; seis jóvenes príncipes Tschkassky y otros. Entre todos eran unos cincuenta.

El mismo Pedro aprendió algunos idiomas y varias otras cosas antes de que se resolviera á viajar. En esta ocasion cuando tan importante era crear una escuadra, á causa de la cuestion oriental, la marina fué el objeto principal de su enseñanza. En la introduccion al reglamento de marina, observaba Pedro que «para establecer aquel arte en su nacion, había mandado un gran número de nobles á Holanda y otros países para que aprendieran la construcción y direccion de los barcos.» Unos 50 jóvenes eran los que viajaban; 28 se dirigieron á Italia, principalmente á Venecia, etc., y los demás á Inglaterra y Holanda.

Todos pertenecían á los mas ilustres linajes del país; pero ninguno de ellos llegó á ser marino de importancia; antes bien, muchos de estos se distinguieron despues como diplomáticos; entre otros, Boris Kurakin, Gregorio Dolgoruky, Pedro Tolstoi y Chilkoff. En aquella ocasion se repitió el

(1) Richter, Historia de la Medicina en Rusia, Moscou, 1815, II, 289-291-361-368.

(2) Richter, II, 401-408. Monumentos de las relaciones diplomáticas, VII, 669. Tenía que estar al lado de Lefort, Golowin y Wosnizyn. Este escribió al Czar acerca de él. Véase Ustrialoff, III, 489.

mismo fenómeno que observamos respecto del Czar, á saber: que el fin principal del viaje, el estudio de la marina, fué de menor importancia al lado de la inmensa ventaja que reportaba una larga estancia en la Europa occidental; es decir, el conocimiento de los idiomas europeos, el estudio de las costumbres é instituciones de los pueblos que ocupaban un grado superior de civilización. Al regresar á su patria estos hombres, eran mucho mas aptos para los negocios públicos que para marinos ó armadores. Pedro pensó así aumentar el número de marinos y armadores y creó una escuela de hombres de Estado. Como no podía prever que este viaje le pudiera impulsar á las reformas, á una actividad enérgica en el terreno legislativo y administrativo, á la diplomacia y al trato internacional, tampoco pudo creer que la utilidad de una larga permanencia en la Europa occidental fuera tan variada y tan rica para sus viajeros. Seguramente que no pudo prever, al mandar á estos empleados cortesanos, con idea de que se instruyesen únicamente en lo referente á la marina, que el mundo civilizado de la Europa occidental había de influir en ellos tan poderosamente educándoles y civilizándoles. Tales consideraciones distarían tanto mas de su ánimo cuanto que en el momento de la marcha de los viajeros, no había experimentado todavía aquella impresion tan universal y civilizadora del variado mundo de la Europa occidental; pues mientras él no salió de la capital hasta mediados de marzo, muchos de aquellos habían salido á principios de enero (3).

No les costaría poco abandonar su país; pues por una parte era grande la preocupacion contra los viajes, y por otra, muchos de ellos estaban ya casados y tenían que dejar en casa á sus mujeres y á sus hijos. Tampoco podía suponerse que los súbditos de Pedro tuviesen gran afición á la marina, ni actividad para los trabajos. Buen número de familias, pertenecientes á la nobleza, sentirían cual rudo golpe, que algunos de sus miembros, que solo estaban acostumbrados á la vida ociosa de la corte, fueran degradados, por decirlo así, hasta descender á la categoría de simples marineros. Se les amenazaba también con castigos, si al regresar á su patria, no llevaban consigo buenos certificados de los progresos que habían hecho en el extranjero. Cuáles eran las condiciones que se les imponían, lo sabemos por una instruccion dada á Tolstoi, uno de ellos. Tenían que aprender el buen uso de las cartas marítimas, la direccion de los barcos y la denominacion de todas las partes de un buque y su aparejo: en caso de combates navales, llevar testimonios de su conducta durante el tiempo que aquellos durasen y por último enterarse bien á fondo de la construcción de barcos, para lo cual había una recompensa. También se les imponía la obligacion de tomar cada uno dos maestros extranjeros, que habían de llevar luego á Rusia. Todos los gastos que se les originasen para esto corrían de cuenta del Estado (4), excepto los personales que pagaban de su bolsillo.

La falta de cumplimiento de estas condiciones era castigada con la confiscacion de bienes de los culpables.

A la primera tanda de viajeros que salió de Rusia algunas semanas antes del Czar, siguió la de los «voluntarios», entre los cuales se hallaba el emperador. Con estos iban los compañeros del Czar cuando el sitio de Azof y también los que tomaron parte en la construcción de barcos en el lago de Verejaslaff y Woronesh. Los nombres de este grupo eran de mas resonancia que los del primero. A los treinta que le componían todavía añadió el Czar algunos mas, pertenecientes á las principales familias del imperio; entre otros el hijo de Boris Golizyn, dos de Golowin, uno de Narysch-

(3) Ustrialoff, III, 316.

(4) Véase la relacion de Tolstoi en el «Ateneo» ruso, pág. 303 y siguientes.